

## La Fe no está en las nubes

**E**l asesinato de monseñor Romero da para cortar mucha tela. No puede quedar sólo en declaraciones contra quien le asesinó, ni contra quienes movieron a larga distancia el dedo que consumió el crimen.

La pregunta que tenemos que hacernos es: ¿qué fe tenía este obispo salvadoreño?, ¿cuál era su religión?, ¿cómo leía el Evangelio?

La verdad es que, una vez borrado del mapa este prelado, es imposible hacerle directamente estas preguntas. Pero ahí está para dar una lapidaria respuesta otro obispo católico, hecho de la misma madera que el fallecido monseñor Romero.

Porque —y esta es la primera parte de nuestra pregunta— a quienes en América Latina adoptan su actitud comprometida, fácilmente se les anula por el expeditivo procedimiento de confundir su postura con la de un determinado grupo político que produce mucha alergia en numerosos ambientes creyentes. A él, como a monseñor Helder Cámara, se le ha querido anular —de cara al católico medio y al mundo vaticano— diciendo: "es comunista".

Monseñor Helder Cámara así confiesa que le ha ocurrido a él y ha tenido que sufrirlo en su propia carne. Con palabra que no da lugar a equívocos, dice el colega brasileño del obispo violentamente fallecido: "Los Gobiernos reaccionan ordinariamente de este modo: es más fácil y más rápido cerrar los ojos del pueblo que hacer reformas de base". Es cierto, y esto pasa en todos los países, sea cual sea su situación. ¿No es también eso mismo lo que nos está pasando a nosotros? Las cosas van aquí de mal en peor, y el hombre de la calle, cuando no se le echa una cortina de humo, por medio de casi todos los medios de comunicación que están controlados de un modo o de otro por la política reinante, lo ve también así.

¿Y qué es lo que hacen los Gobiernos ante la actitud de estos obispos? Allí donde pueden colgar una etiqueta que les desautorice ante muchos, se les llama a estos curas y obispos "comunistas", como se hizo en régimen franquista y se sigue haciendo todavía hoy. Como le pasó a Helder Cámara, o como le ocurrió a monseñor Romero. Y donde no es suficiente este truco, acuden a buenas palabras y dicen a los impacientes católicos "que tenemos que esperar, que hemos de tener paciencia". Lo malo es que esto hace su efecto, porque "incluso dentro de la Iglesia hay laicos, sacerdotes y obispos que piensan también así".

La clave de estas actitudes episcopales y clericales tan diferentes la dio hace pocos

años otro obispo brasileño, poco conocido entre nosotros. Es el que rige la Iglesia católica en Belo Horizonte, monseñor Fragozo.

En la entrevista que le concede a la periodista Linda Bimbi (en el libro que cité en mi artículo anterior), descubre la clave de posturas tan distintas dentro de una misma Iglesia. Posturas casi antagónicas, que están presentes en Brasil, en El Salvador o aquí en España, si bien los contextos sociales no sean los mismos.



Monseñor Romero

Voy a hablar, sobre todo, con palabras de este obispo para que se entienda mejor lo que quiero decir y no parezca sólo invento mío, sino confesión viva de quien ha comprometido su vida siendo un obispo católico de verdad.

Nosotros hemos leído poco el Evangelio, que debía ser, sin embargo, el primer catecismo para un católico. Lo hemos sustituido ayer por el catecismo, y hoy por las fichas de religión de los colegios progresivos o por las discusiones académicas sobre si tal teólogo ha sido condenado o no por Roma.

El antiguo catecismo decía —según palabras de monseñor Fragozo— que "con el último Apóstol, San Juan, se terminó la Revelación". Y que "este patrimonio de la fe —tal como está escrito en esos catecismos— ha sido confiado a la Iglesia, al Papa, junto con los obispos". Y ellos son los que tienen que vigilar para "que el depósito de la fe sea transmitido sin errores, correctamente". ¿Qué es lo que se hacía en-

tonces con los niños? "Se aprendían aquellas verdades para transmitirselas a los otros. Y cuando los otros las aprendían y decían: 'yo creo', nos sentíamos felices". Al llegar a cierta edad se comprobaba si estaban bien preparados para recibir la Primera Comunión, y se vela si el niño sabía contestar a aquellas enrevesadas y abstractas preguntas sobre el número de personas y naturalezas que había en la Santísima Trinidad; y cuando las contestaban correctamente, el párroco se ponía muy contento y daba luz verde para que el niño recibiese la Eucaristía. Entonces es cuando estábamos preparados. Porque la fe se interpretaba como una serie de frases incomprensibles —ese era el misterio de nuestra religión— confiadas al Papa, y que teníamos que repetir nosotros y enseñárselas a que las repitiesen los demás.

Pero estos nuevos obispos, llenos de vitalidad evangélica, piensan de modo muy distinto, como confiesa monseñor Fragozo: "Hoy —dice— yo creo que Dios me habla a mí lo mismo que habló en tiempos de Moisés y de Isaías, lo mismo que habló a Jesucristo, a Pablo y a Juan Evangelista". Y no creamos que les habla actualmente como en las películas americanas que pretenden proyectarnos en "off" las palabras del Dios de la Biblia, o de los Diez Mandamientos, o un Jesús milagroso alejado del hombre. No: Dios habla de otro modo, "Dios habla en los acontecimientos de la vida cotidiana". Como le ocurrió al sorprendente Papa que fue Juan XXIII. "La fe es, entonces, el encuentro con nuestro amigo Dios, que está en lo más profundo de toda realidad, y en mí y en cada uno de los hombres sin excepción".

Lo que ocurre es que quienes sólo aprendieron la fe repitiendo correctamente las palabras del catecismo Ripalda o el de Artete o el de la Comisión actual de obispos españoles, no aprenden a tener los ojos de la fe. Por eso no saben interpretar los acontecimientos que les rodean. "No tenemos ni ojos para ver ni oídos para oír", porque "la fe son los ojos que se abren", y no un catálogo de frases difíciles de comprender.

Monseñor Romero fue un cristiano para hoy, y nosotros no lo somos, aunque nos llamemos muchas veces progresistas. No: porque las palabras del catecismo de ayer, o las del progresismo académico de hoy, se llame Käng o de cualquier otro modo, no nos abren los ojos para ver el significado de lo que pasa a nuestro alrededor.

Si aprendiéramos a abrirlos, veríamos muchas cosas, y tendríamos mucho que decir y que hacer. ■